



Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote 2013

Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote. Hermanos presbíteros. Queridos hermanos todos.

La fiesta de Jesucristo Sumo Eterno Sacerdote, en este Año de la fe, nos invita a referirnos a la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el ministerio y vida de los presbíteros, en la cual tiene un lugar importante la reflexión sobre la caridad pastoral como vínculo de unidad entre las diversas actividades del ministerio y, a la vez, como camino para alcanzar la perfección y la alegría del sacerdote en el ejercicio de su “*amoris officium*”, de su oficio de amor. Y en este año de la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, buscamos una orientación segura en la enseñanza que nos legó en su **Tratado del amor de Dios**¹.

Este Tratado es una especie de cristología espiritual, donde San Juan de Ávila nos introduce en el misterio de Cristo sacerdote en la perspectiva de su mirada de amor al Padre y a los hombres.

Inicia san Juan de Ávila su escrito afirmando un principio que coincide con la sensibilidad espiritual de hoy, en sintonía con enseñanza del evangelista Juan: “**La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, nuestro Señor**”. “Porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar.” (n. 1)

De acuerdo con este punto de partida, se propone el Maestro Ávila **hacer ver cómo Dios nos ama**² y recuerda en primer lugar algunos **testimonios de los profetas sobre el amor de Dios a su pueblo**, que es más fuerte que el amor de la madre a su hijo y que el amor del esposo a su esposa³. Después invita al lector a “**mirar todos los beneficios**

¹ El Tratado del amor de Dios fue publicado en 1596, veintisiete años después de la muerte del Maestro.

² “Pues veamos ahora, Señor, si Vos nos amáis; y si es así que nos amáis, qué tanto es el amor que nos tenéis. Mucho aman los padres a los hijos; pero ¿por ventura amaisnos vos como padre?” Y para responder a esta pregunta nos remite el testimonio de Jesús: “No hemos nosotros entrado en el seno de vuestro corazón, Dios mío, para ver esto; mas el Unigénito vuestro, que descendió de ese seno, trajo señas de ello (cf. Jn 1,1-18), y nos mandó que os llamásemos Padre (cf. Mt 6,9) por la grandeza del amor que nos tenías; y, sobre todo esto, nos dijo que no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre (Mt 23,9)”. (n. 1)

³ “¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tendrá piedad del hijo que salió de sus entrañas? Posible será que se olvide, mas yo nunca me olvidaré de ti porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están delante de mí” (Is 49,15-16). “Si el marido echa a su mujer de casa, y,



que Dios te tiene hechos, porque todos ellos prendas y testimonios de amor... en todo este mundo, que para ti se hizo todo por sólo amor, y todo él y todas cuantas cosas hay en él significan amor, y predicán amor, y te mandan amor” (n.2).⁴ Y por último remite a **“las voces que Dios te da en el Evangelio**, diciendo: *En tanta manera amó Dios al mundo, que dio su único Hijo, para que todo el que creyere en Él no perezca, mas alcance vida eterna* (Jn 3,16). Todas éstas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas ellas, como escribe aquel muy amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dio su Hijo para que vivamos por Él* (1 Jn 4,9)”.⁵

Después de evocar el amor de Dios, invita el Maestro Ávila a **mirar el amor que nos tuvo Jesucristo**⁶ y explica que siendo “el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta...¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable?” (n. 4). Y responde que “no es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, **porque el amor de Cristo no nace de la perfección que hay en nosotros, sino de lo que Él tiene, que es mirar en el Eterno Padre.**” (n. 4).

Por ello, hace ver el origen y el motivo del amor de Cristo, explicando con detalle **las gracias que por la Santísima Trinidad fueron concedidas a la santísima humanidad de Cristo en el instante de su concepción**⁷; y luego nos invita a mirar “de tan grandes

si echada, se junta con otro, ¿Por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; mas, con todo, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré” (Jer 3,1-2). (n. 1)

⁴ “Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas buenas inspiraciones has recibido y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos peligros en esta vida te ha librado, en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si Él no te hubiera librado, que todas éstas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que envía son argumento de amor, porque son muestras de padre, que castiga todo hijo que recibe (Heb 12,6) para enmendarlo, despertarlo, y purgarlo, y para conservarlo en todo bien.” (n. 2)

⁵ En el mismo número 3 sigue exponiendo el Maestro: “Y este beneficio con los demás son señales del grande amor que Dios nos tiene y como centellas que salen afuera de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto debe ser mayor aquel fuego escondido, pues las centellas que saltan de él son tan grandes? ¡Oh amor grande, oh amor gracioso, digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, a sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la grandeza y largueza de este amor (cf. Ef 3,18), porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de este amor.” (n.3)

⁶ “Veamos agora qué tan grande fuese el amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste. No hay lengua alguna que lo baste a decir; porque, como San Pablo dice, la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido (Ef 3,19).” (n. 4)



riquezas como éstas, qué es la parte que nos cabe ... ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así lo había glorificado? ¿Con qué deseos desearía que se le ofreciese algo en que pudiese agradecer y servir a tal Dador?” (n. 5). Y añade la siguiente respuesta: “Pues... que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano (cf. 1 Tim 2,4), que estaba perdido por la culpa de un hombre (cf. Rom 5,18); y que deste negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta impresa tan gloriosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y... pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.” (n. 6). “Después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese,... ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres a amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre?” (n. 6)...”¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que esto pueda significar.” (n. 6) ...“¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y volviste para el hombre, y tornaste para Dios! (cf. Jn 16,28). Porque no amas al hombre por el hombre, sino por Dios”. (n. 6).⁸

“No alcanza ningún entendimiento... qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud... porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandaran

⁷ a) Primero se dio “a aquella santísima humanidad el ser divino, juntándola y uniéndola con la divina persona; de manera que a aquella humanidad se le dio el ser de Dios de tal suerte, que podamos decir con verdad que aquel hombre es Dios, Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Hijo de Dios”. (n. 4)

b) “También se le dio a aquel tan nuevo hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud (cf. Col 1,18; 2,9). De manera que Él, en cuanto Dios, es igual al Eterno Padre, y, en cuanto hombre, es Cabeza de todos los hombres; y, conforme a este principado, le dio gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres (cf. Jn 1,16); y Él se llama Santo de todos los santos, no sólo por ser el mayor de todos los santos, pero por ser santificador de todos”. (n. 4)

c) Además se le dio “otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida” y “todas las gracias...de hacer milagros”. “Y, sobre todo, le fue dado... que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que fue ajuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de toda gloria esencial cuanto agora tiene a la diestra de Dios Padre (cf. Hch 5,31)”. (n. 4)

Todo esto se dio de pura gracia, ante todo merecimiento, porque “Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella de toda su magnificencia y largueza, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella”... “El Rey del cielo hizo otro convite a esta santa humanidad con quien Él se desposaba para que todas las criaturas celestiales y terrenas conociesen por ella la grandeza de sus riquezas, bondad y largueza divina”. (n. 4). “Mira tú... y no tengas invidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no sólo la recibió para sí, sino también para ti”. (n. 4). “Como verdadera Cabeza nuestra, recibió lo que recibió no solamente para sí, sino para sus miembros.” (n. 4).

⁸ “Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres... Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios.” (n. 6).



millares de muertes, para todo tenía amor (cf. Jn 3,17)... De manera que **mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas.**” (n. 7)⁹. “Pues si tanto te debo por lo que heciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de los hombres, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios solamente? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo, todo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, ¡oh, Señor y salvador mío!, por las entrañas de misericordia (Col 3,12) que a darme tal dádiva te movieron, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.” (n. 7).¹⁰

“Pues ¿cómo te pagaré, Amado mío, este amor? Ésta es digna recompensa, que la sangre se recompense con sangre (cf. Heb 9,18-20)... ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor!... ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Con el fuego principal de tu venida henchiste el mundo de tu amor”. (n. 10).

Compara el Maestro la cruz con una ballesta que dispara la saeta al corazón y exclama: **“¡Tirado ha la ballesta y herido me ha el corazón!** Agora sepa todo el mundo que tengo yo el corazón herido. ¡Oh corazón mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay médico que le cure si no es morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro

⁹ “ ¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por de dentro de lo que por defuera parece. Centella es ésta que sale de fuego, rama es ésa que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Ésta es la mayor señal que puede haber de amor, poner la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13); mas es señal y no igualdad.” (n.7).

¹⁰ “Si quieres, ánima mía, barruntar algo de **la grandeza del amor de Cristo**, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbré del sol a las tinieblas, y mucho más.” (n. 8). “Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo.” (n. 8). “¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte de donde la habían de tomar para amarte!” n. 8). **“¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído tienen y conocido a cuánto más se extiende tu amor?...** De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas, de aquí el desear los martirios, de aquí el holgarse con las tribulaciones (cf. Col 1,24), de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas, de aquí el desear los tormentos como convites, y alegrarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece”. (9)



de esa lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Viene aquí por curarme, ¡y hasme herido! Viene a que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura!, nunca me vea yo jamás sin ti.” (n. 11).

La mirada a Cristo en la cruz nos llama a amar. “Mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de ti?”. (n. 11). **“Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios y del deseo que tiene de cumplir su voluntad.”** (n. 11). **“Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama es porque se lo mandó el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y merece su Hijo (cf. Jn 17,20)...¡De mirar tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasiones y heridas, procede mi remedio y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!”** (n.12).

En esta eterna mirada entre el Padre y el Hijo se funda la confianza en la salvación frente a las dudas que provoca nuestra falta de méritos. En efecto, pregunta san Juan de Ávila, “¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado?” (n. 12).¹¹

El Tratado se concluye con esta consoladora referencia al amor inacabable de Cristo. “Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel (cf. Jn 19,34); porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es* (Jn 19,30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: *Jesucristo ayer fue, y hoy es también, y será en todos*

¹¹ “Pues, ¡oh ánima flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios!, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti solo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos los que te han de salvar, sino los del Salvador... El primer hombre terreno fue principio de tu caída; el segundo y celestial, principio y fin de tu remedio (cf. 1 Cor 15,47). Trabaja de estar unido, con éste por fe y amor (cf. Jn 15,9)... No mires a tus fuerzas solas, que te harán desmayar...levanta los ojos en lo alto y mira los merecimientos del Crucificado... Asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones; y, si crees de veras que el Padre te dio a su Hijo, confía también que te dará lo demás, pues todo es menos.” (n. 13)



Carlos López Hernández

los siglos (Heb 13,8); porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será siempre, para todos los que le buscaren.” (n. 14).

Queridos hermanos: San Juan de Ávila nos llama hoy a todos a alimentar nuestro amor mirando a Cristo y dejándonos mirar por Él. A los presbíteros nos alienta a asumir el lugar de Cristo en su mediación sacerdotal entre Dios y los hombres, siendo testigos de su amor e instrumentos de su misericordia salvadora para todos los hombres.

Para que respondamos con total fidelidad a esta llamada, el Papa Francisco ha exhortado a los presbíteros a **salir a experimentar la eficacia redentora de nuestra unción sacerdotal en las “periferias”** “donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patronos. El poder de la gracia se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada...A los presbíteros nos pide el Papa que seamos en medio de nuestro propio rebaño **“pastores con olor a oveja”**, en el nombre de Aquél Buen Pastor de quien nos hemos fiado: Jesús.